

# EL PELIGRO DE LAS PRUEBAS NUCLEARES FRANCESAS

Mucho se ha escrito y hablado últimamente sobre la trascendencia política de las pruebas nucleares de Francia que, periódicamente, practican en el Pacífico Sur. Países como Australia, Nueva Zelanda, las Islas Fidji, Perú y otros, han levantado serias protestas ante el Gobierno de París, así como también en organismos internacionales, buscando que tales pruebas se detuviesen, basándose para ello en elementos de juicio relacionados con la contaminación radiactiva del medio y por tanto a la especie humana en concreto. Se han barajado datos como los de que después de algunas explosiones atmosféricas soviéticas, la cantidad de radiación caída en la lluvia sobre Tokio, fue más de 1.000 veces la normal, etcétera.

Sin embargo, no mucho se ha dicho acerca del peligro que han entrañado ya estas pruebas con respecto a la fauna y la flora de las regiones circundantes a los campos de pruebas, ya que si bien estas explosiones se realizan lejos de los centros urbanos, miles de especies, dentro de millones de ejemplares animales y vegetales, viven muy cerca de tales zonas. Nos referimos más concretamente a los animales marinos.

Aunque ustedes no lo crean así, los países que han efectuado las referidas pruebas nucleares, han colocado decenas de especies animales cerca de las zonas de la explosión, para estudiar el efecto que la lluvia radiactiva, que tan directamente reciben, puede causar sobre los referidos organismos y sus descendientes, ya que todos sabemos que es precisamente la radiactividad uno de los factores considerado como elemento mutante de los genes y, por consiguiente, muchos de los efectos producidos no pueden ser perceptibles hasta una o más generaciones posteriores al individuo directamente afectado.

Así lo hicieron los norteamericanos en Eniwitck (Pacífico Sur), quienes dos años después de las pruebas que allí efectuaron, cantaron victoria diciendo oficialmente que «los peligros de la contaminación radiactiva y... su influencia sobre la genética es menos importante de lo que se creía...». Esta afirmación (carente de sentido ya que lo que importa no es que las pruebas nucleares sean poco o muy peligrosas, sino que lo sean en absoluto) se vio contradecida cuando se descubrió lo que sucedía con las tortugas marinas.

Como se sabe, las tortugas marinas tienen por costumbre desovar cada año en los mismos lugares, y las recién nacidas que salen de esos huevos, presentan desde muy temprano la gran capacidad de orientación de sus padres, ya que apenas rompen el cascarón, se dirigen directamente al mar, aun siendo éste no visible por factores de distancia u otros elementos. Pues bien, lo primero que se observó fue que una vez que las tortugas hembras ponían sus huevos, en vez de regresar al mar, seguían tierra adentro, cosa que extrañó mucho a los investigadores, los cuales agudizaron sus observaciones en los huevos que se habían enterrado en la arena, y cuando de estos huevos —semanas más tarde— nacían las nuevas tortugas, en vez de dirigirse directamente al mar lo hacían en todas direcciones, habiéndose perdido por consiguiente el tan importante sentido de la orientación. El hecho de que este mismo fenómeno era observable de padres a hijos (y por consiguiente era hereditario) y que las tortugas que presentaban las referidas anomalías eran de las que frecuentaban lugares tales como el atolón de Bikina, tan «famoso» por sus pruebas nucleares, hizo que muchos investigadores, entre ellos el Dr. Archie Clark, el primer especialista mundial en tortugas marinas, concluyeran que había sido la radiactividad la provocadora de la pérdida del sentido de la orientación. Inmediatamente salieron los «expertos» oficiales (en su mayor parte, pseudocientíficos bien pagados para que digan lo que interesa), afirmando que las tortugas lo que sufrían era «un cáncer denominado papiloma fibro-epitelial».

Pero resultó que con esto los «expertos» se hundieron por completo, ya que si alguno de mis lectores es microbiólogo o médico, sabrá que tal enfermedad se produce por un virus y no por mutación. Pero el asunto ha quedado allí y nada más se ha podido saber ya que las autoridades norteamericanas han prohibido la entrada de investigadores no oficiales a las zonas de las que antes mostraban con orgullo como «no contaminadas».

A este último respecto, las autoridades francesas se han mostrado más cautelosas, ya que nada han dicho respecto de sus propios experimentos biológicos. Cualquier dato que salga de los mismos no será, en ningún momento una buena propaganda para ellos.

Pero el autor de estas líneas sabe por fuentes seguras— que han sido transportados a Francia ejemplares que presentaban serias mutaciones después de las experiencias nucleares. Sobre esto no puedo referirme a pruebas concretas ya que Francia guarda celosamente estas informaciones, pero, repito, mis datos vienen de fuentes científicas dignas de crédito.

Oceanógrafos franceses muy destacados como Vsevolod Romanovsky y Jaques Cousteau, han sido presionados y embrillados en varias ocasiones para que «colaborasen» con las entidades oficiales a fin de que presentasen una «cara inofensiva de las experiencias», a lo que se han negado rotundamente, ya que si bien reconocen que estas pruebas no significan el principio de un Apocalipsis ecológico, se muestran contrariados por el hecho de que su Gobierno oculte la verdad y quiera a la vez parecer un ángel inofensivo. De todas maneras los mencionados oceanógrafos —junto con muchos más— representan un gran sector de la opinión de científicos serios.

Es lástima que un país, por unos utópicos y equivocados sueños de «grandeur» se convierta en fácil presa para todos aquellos que, como ellos mismos, suelen atacar a las superpotencias por sus arbitrariedades.